

**P**ara cualquier lector avisado, versado en literatura de verdad, Juan José Arreola es un nombre conocido de la narrativa hispanoamericana, sobre todo por el enorme aprecio artístico que le profesara Jorge Luis Borges. Si bien es probable que sólo le suene o lo conozca por su sátira kafkiana, con huellas de Papini y de Dovstoevski, 'El guardaguijas', incluida como es lógico en 'Una selección personal' (Puertabierta Editores), autoantología bilingüe con vistas al alumnado angloparlante, traducción al inglés de Ramón Elizondo y prologo mínimo y notas muy bien traídas de Vicente Preciado.

El prologoista y anotador tiene apellido como de personaje de Rulfo y justamente la comparación con el autor de 'Pedro Páramo', coetáneo suyo y también jalisciense, me temo que ha perjudicado a Arreola. Lo primero porque la sombra de gigante literario rulfiano es muy alar-

gada y ha eclipsado su figura sin duda impar y lo segundo porque si todo cotejo es odioso, más aún en el caso que nos ocupa, toda vez que su narrativa está en las antípodas de la de Rulfo, siendo ambas tanto estilística como temáticamente de primera magnitud.

Los dos, eso sí, manejan una escritura lacónica, sucinta, pero Arreola sin el poso indígena y la poética despojada de Rulfo, más bien parece, sobre todo en las tramas, un escritor europeo, de la estirpe legítima de Walser, Buzzati o, sobre todo, del mentado Kafka. El volumen consta de sus ocho cuentos predilectos. El inicial, brevísimo, 'Autrui', es una suerte de desdoblamiento o abducción esquizoide, en la línea del lema de la modernidad debido a Rimbaud «je est un autre», y muestra, según algunos exegetas, nuestro confinamiento y descomposición en «la angustia del ser frente a la nada». En 'Pablo' se aborda la dispersión de Dios en todas

sus criaturas a través de la visita de la gracia a un oscuro oficinista. Otro, localizado en Numancia, deriva en un acercamiento, entre la erudición y el dislate, a la balística del imperio romano. Una de las historias, con apariencia de fábula didáctica, concierne en realidad, como casi todas, a los hondones de nuestra especie, refiere los problemas de una hormiga diligente que encuentra por casualidad un tesoro incomprensible para el orden establecido, al cabo objeto de culto y controversia. En fin, argumentos escuetos pero de mucho calado, desusados e insólitos, desarrollados como mecanismo de relojería, a la perfección. Un narrador en extremo recomendable.

Lo que Arreola es a la cuentística del boom, un puntal indiscutible, lo es ahora respecto a la novela breve hispanoamericana -muy en boga, baste citar nombres como César Aira, Mario Bellatin, Alejandro Zambra, Rita India-

na...- Eduardo Halfon, narrador que procuro seguir libro a libro desde que di por casualidad con 'El boxeador polaco'. En estas páginas hemos comentado 'Monasterio' y 'Signor Hoffman'.

La acción de 'Duelo', como los dos últimos que acabo de citar editado por Libros del Asteroide, comienza en un

chalet cerca de unos baños termales y junto a un lago, rodeado de amates y plantaciones de café y cardamomo, al que acude el narrador-autor tras las huellas de un tío, en principio ahogado allí con tan sólo cinco años, según piensa que le contaron, suceso que siempre le obsesionó. Mediante la habitual alternancia de tiempos, recupera también su estancia de niño ('Little Eddie') como inmigrante en Florida y recobra la memoria de su abuelo libanés y sus hermanos o su viaje por Alemania y Polonia tras el recuerdo de su otro abuelo, que sobrevivió durante seis años a los lager y al que salvara la vida el aludido púgil de Łódź en Auschwitz. Ambos abuelos aparecen juntos, en una escena estupenda, durante el ayuno del Yom Kipur, en USA.

Dentro de lo que se agrupa bajo el marbete de 'no ficción', Halfon está novelando con rara sencillez peripecias familiares desde múltiples án-

gulos y perspectivas. En 'Duelo' se centra en la misteriosa muerte prematura, cuyo motivo sólo se desvela en el desenlace, de su tío, de nombre, compartido con dos de sus bisabuelos, Salomón. Aparte de los sucesos narrados, son muy interesantes las digresiones, siempre curiosas, lo mismo da sobre la epistemología epicúrea que sobre el número áureo; de las elucubraciones y maniobras de una memoriosa curandera que quiere ayudar al autor a encontrar, gracias a un brebaje inmundo de hierbas y raíces, «su verdad suya» que de la conversión de los campos de concentración en parques temáticos. Hay algo en su manera de narrar, no sé bien qué, que nunca defrauda, que siempre me gana.

Si en la nouvelle de Halfon un motivo familiar funciona como imán y guía de la narración, a la que se van incorporando, al modo de los montajes por atracción de Kulechov y del cine soviético en general, los sucesos que confor-

**Alonso es poeta,  
contumaz letraherido,  
empedernido cinéfilo  
y melómano  
de primera**

UN  
ÁNGULO  
ME BASTA

FERMÍN  
HERRERO

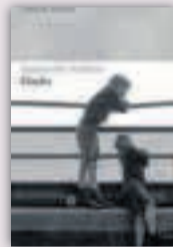
# SUCINTO

## Por breverías



### UNA SELECCIÓN PERSONAL

Juan José Arreola,  
Puertabierta Editores,  
176 pp., 14 €.



### DUELO

Eduardo Halfon, Libros del  
Asteroide, 112 pp., 13,95 €.



### CLAUDIO MONTEVERDI. LAMENTO DELLA NINFA

Ramón Andrés, Acantilado,  
146 pp., 12 €.



### JOYAS ROBADAS

Luis Alonso, Amargord,  
264 pp., 15 €.

man la trama, en 'Claudio Monteverdi. Lamento della ninfa' (Acantilado) de Ramón Andrés las secuencias cortas, en cinco capítulos más un apéndice facsimilar con las partituras originales, se hilvanan en torno al músico de Cremona, maestro de la tiorba –instrumento que para Góngora era «cisne de plumas» y metáfora del rumor del agua para Villamediana o el divino Bocángel-, su obra y evolución compositiva entre el Renacimiento y el Barroco, hasta centrarse en el madrigal del título, que procede de una 'canzonetta' de las 'Poesie' del florentino Ottavio Rinuccini, su poética y su sentido.

Para situar el motivo, hasta llegar a la antinomia petrarquista fuego/hielo, remontándose al Medioevo, el autor se adentra en la naturaleza de los bosques –que tan bien conoce, baste citar sus poemas del Baztán–, desde su humedad germinal, floresta y espesura consustanciales y en su



plasmación artística, que contempla tanto lo pictórico –con una digresión, entre tantas, digna de recordarse, sobre Simonetta Vespucci, casi ninfa, la de Botticelli, que tan bien ha sublimado entre nosotros Antonio Colinas– como lo histórico, filosófico, lo literario: Propertio, las 'Bucólicas' de Virgilio, el 'Decamerón' de Boccaccio, la 'Arcadia' de Sannazaro, Garcilaso... lo agrícola incluso y, especialmente, claro, lo musical. Fija el origen de las ninfas, su etimología y los rasgos que las caracterizan en el imaginario mitológico: criaturas delicadas y errantes, «entre lo corpóreo y lo incorpóreo», que viven «en lo escondido», «pisando flores» en busca del amado, de piel desvaída, «como venida de un desmayo» puntualiza poética, espléndidamente Andrés.

La escritura de Andrés juega, y mira que es difícil, precisión –cincelada desde sus aforismos–, sensibilidad lírica –adiestrada en sus versos–

y aliento largo –ejercitado en sus portentosos ensayos sobre Bach, Mozart, el suicidio, la mística...–. Y qué decir de su erudición, que me deja de continuo pasmado y que en modo alguno empece la amenidad, no exenta de constante provecho, de su prosa. Lo que afirma sobre 'El reino de la fortuna' de Peter Sloterdijk es aplicable por completo a este tratado: breve y luminoso. Una lección en toda regla sobre la belleza, de una sutileza y hondura singulares, que es a la vez contextualización, exégesis y apertura reflexiva y, sobre todo, un homenaje fruto del conocimiento penetrante –llamarlo enciclopédico me parece degradarlo– y de la admiración por Monteverdi. En realidad el ensayo refleja, como la corona fúnebre que le dedicara al músico Matteo Caberloti, «más que admiración, reverencia».

Abreviando, que es gerundio; cerramos las recomendaciones de hoy con un broche

de oro, nunca mejor dicho en virtud del título, 'Joyas robadas' (Amargord) del vallisoletano criado en Medina de Rioseco Luis Alonso, con ilustración de portada, inducida por un apunte del propio autor, a cargo de Jesús Capa y prólogo de apenas dos páginas pero muy sustanciosas de Gustavo Martín Garzo, que califica el volumen como «manual de iluminaciones», con mucha propiedad, porque en efecto todos los fragmentos de «material disperso», engarzados temáticamente, constituyen, a mayores de prueba palpable del increíble dominio de letra e imagen del autor, un compendio entretenido, ingenioso y sugerente, no hay apuntamiento del que no se pueda extraer algo sustancial.

Alonso es, aparte de poeta, contumaz letraherido, empedernido cinéfilo y melómano de primera. No le hace ascos a nada para autorretratarse e ilustrarnos de modo siempre certero sobre el amor pasional, los números, el fútbol...la

vida, la muerte y sus derivados: graffitis, microrrelatos, fotografías, epitafios, aforismos, Facebook, chistes, slogans, anuncios o reclamos publicitarios –parece ser que es publicista de profesión, de ahí su atracción por lo ceñido y lacónico–, artículos de periódicos...

Un tesoro, en definitiva de citas y reflexiones, pongamos la entrada sobre el dinero en la que encadena a una corista del Moulin Rouge con Ferlosio y el 'economista' Josep Pla o las dos consecutivas sobre el circunflejo, portentoso, increíble Bergamín. Una colección para conservar como oro en paño y releer de vez en cuando, por cualquier página, pues se nos ofrece un hallazgo tras otro. Pero lo dejo aquí, con una cita del aforista y poeta polaco Stanislaw Jerzy Lec sacada del libro: «seamos breves: el mundo está superpoblado de palabras». Aunque no sea, desde luego, tras un artículo tan extenso, el más indicado para invocarlo.